

LXV PREGÓN OFICIAL
DE LA SEMANA SANTA
DE LA CIUDAD DE ANTEQUERA.

12 DE MARZO DE 2016. VÍSPERAS DEL DOMINGO DE PASIÓN.

AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA.

IGLESIA DE NTRA. SRA. DE LOS REMEDIOS CORONADA,

PATRONA DE ANTEQUERA

RVDO. P. D. JUAN MANUEL ORTIZ PALOMO

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

*«Jesucristo es el rostro de la misericordia
del Padre, que en Él se ha hecho visible,
en toda su existencia,
en sus palabras y sus acciones».*

(Papa Francisco, «*Misericordia vultus*»,
Bula de convocatoria del Año de la Misericordia, 1)

DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS

*Al Señor, Aquel que se fijó en mí y me llamó a su servicio.
A mis padres, que con su buen ejemplo y sencillez, «son la tierra
buena» donde comenzamos a dar fruto mis hermanos y yo.
A los hermanos y amigos en la fe que hoy me acompañáis aquí, y
a los que con sus consejos y oraciones, han hecho posible este Pregón.
Y a la Agrupación de Cofradías de Antequera, por permitirme saldar
parte de la deuda de gratitud que tengo con la tierra que me vio nacer.*

1. Introducción

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Tanto saber me sobrepasa.

Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.
Te doy gracias, porque
son admirables tus obras.

Señor, sondéame y conoce mi corazón.
(Cf. Salmos, 139).

«Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero», (Juan 21, 17). Deja que te lo pueda decir, en la intimidad de este momento tan especial. Tú sabes bien, que así me siento, Señor.

Lo tomo de tu amigo Pedro, que también te lo decía. Fue al comienzo de aquel día en que quisiste que tus discípulos te vieran Resucitado en medio de su trabajo en el lago. Fue el día en que a Pedro le curaste la gran herida de su corazón, esa que tenía abierta después de haberte negado tres veces.

Sólo lleno de tu perdón misericordioso pudo decirte lo que de verdad sentía en lo más profundo de su alma; a pesar de todas las limitaciones y los pecados de su vida. Porque así es como Tú nos amas, totalmente y sin condiciones, con nuestras luces y también con nuestras más oscuras sombras. Nos amas porque sí, no por lo que podamos tener, sino porque nos has hecho de los tuyos. Por muy importantes que nos creamos.

Señor, hasta ahora, en mi vida, he tenido la oportunidad de vivir muchas cosas junto a Ti. Tu presencia cercana siempre ha estado ahí a lo largo de mi vida. Unas veces de una manera muy evidente, y otras, de un modo mucho más escondido. Porque así es como te gusta que te veamos, sólo con los ojos del corazón.

Por eso, en un día tan importante para mí como es éste, quiero que Tú estés conmigo, que me ayudes a poder poner mi corazón en esta tarea. Porque, a la hora de pregonar a los cuatros vientos la celebración que la ciudad de Antequera hace de tus misterios salvadores, el gran protagonista eres Tú.

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

Aunque yo sé bien de quién me he fiado. He experimentado en mi vida que quien confía en Ti, nunca queda defraudado. Es más, poco a poco, he ido descubriendo que lo mejor que le puede a uno pasar en su vida, es ser de los tuyos. Y para serlo de verdad, no de «boquilla», los cristianos hemos de aprender a ver nuestro mundo y a nuestros hermanos con tus ojos de amor.

Como nos pasa ahora, a veces nos falta la luz, y nuestra vista no alcanza a distinguir nada. Por eso necesitamos de Ti. Como ocurre con este Cirio Pascual. Sólo desde tu Resurrección, podemos ver con claridad, podemos esperar limpiarnos las legañas de los pesimismoes o de las penas. Sólo desde Ti podemos mirar con la mirada fresca que necesitan nuestros hermanos, con una mirada llena de amor misericordioso.

Es verdad que tenemos la tentación de dejarnos llevar por las tristezas, por los problemas o los desencantos que tantas veces se presentan, como hacen tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Es ese vivir «con aires de depresión», llenos de amargura y desesperanza, pensando que nada puede cambiar, que las cosas solo pueden ir a peor, y que las tinieblas van a terminar por inundarlo todo.

Eso es lo que ocurre cuando no te dejamos sitio en nuestra vida, Señor. Todo son problemas, todo es recordar lo que pudo ser, nuestras falsas ilusiones. Es el desencanto que nos lleva a centrarnos tanto en nosotros mismos, a mirarnos tanto al ombligo, que nos olvidarnos de que Tu presencia puede llenarlo todo.

Por eso ahora y siempre, debemos alzar nuestra miradas y poner nuestros ojos sólo en Ti, que eres «la Luz del mundo» (Juan 8, 12). Tu presencia aquí parece que no es muy grande. Pero como ocurre la noche de Pascua, al comienzo de la Vigilia, tu presencia se hace luminosa.

Este cirio encendido del fuego santo, nos recuerda que Dios, Tu Padre y nuestro Padre, no se ha olvidado de nosotros, que su amor es más brillante que todas las tinieblas que nos rodean. También en una noche como esta. O especialmente por eso, dejemos que tu luz resucitada brille con fuerza en medio de nuestra asamblea.

Un lugar privilegiado de ello lo encontramos en el motivo central que nos reúne ahora. Los acontecimientos que recordamos cada Semana Santa son los días de tu Pasión, de tu Muerte y de tu Resurrección. Y esos son los momentos que cambian para siempre la vida del mundo. Y de camino, también nuestra vida, la de todos nosotros, los que en Ti creemos. Ya nada será igual, todos podemos pedirte que seas nuestra luz, que podamos caminar en Tu compañía.

Pero antes de llegar ahí, esta noche os quiero invitar, hermanos a que vayamos juntos por las calles de nuestra bella ciudad. Y quiero que no lo

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

hagamos solos, sino siguiendo los pasos de Jesucristo, de María, su madre, y también, junto a todos esos personajes que los acompañan en el Misterio de la Semana Santa, que al final de cuentas es, lo que nos ha reunido aquí.

Señor, te pido que me ayudes a realizar este Pregón. No sé si mi pobre voz será capaz de expresar todo lo que late en mi interior. Sé que es normal, que al hablar de Ti, las palabras se quedan cortas, que no es fácil expresar todos los sentimientos, toda la vida que contienen.

Por todo eso necesito que hoy seas la Luz que, de nuevo, alumbre mi camino. Confiando siempre en Ti, quiero comenzar este Pregón de la Semana Santa de 2016.

2. Saludos a las autoridades y asistentes

Y para ello considero que es necesario hacerlo con los pertinentes saludos protocolarios, al comienzo de este acto, para con las distintas autoridades que nos honran con su presencia:

Reverendo Padre, D. Antonio Fernández, Arcipreste de Antequera y a vosotros, hermanos sacerdotes, que esta noche habéis querido compartir este acto del pregón.

Ilustrísimo Señor Alcalde de Antequera, D. Manuel Barón, y al resto de los miembros de la corporación municipal de nuestra Ciudad.

Señor Presidente de la Agrupación de Cofradías, D. Francisco Ruiz, y demás miembros de sus Juntas Permanente y de Gobierno. Y a los Hermanos Mayores y directivos de las distintas Hermandades y Cofradías de Pasión y de Gloria de nuestra Ciudad. Especialmente a la Esclavitud de los Remedios que hoy nos ha abierto las puertas de su «casa».

Excelentísimo Señor diputado en Cortes, D. Ángel González.

... Tras los necesarios saludos oficiales y protocolarios, no quiero terminar este momento de los «saludos» sin hacerlo con los míos, con mis padres, mis «hermanos» y «hermanas»; y por supuesto saludando también a Jesús y a Alejandra, a mis sobrinos, a los más pequeños de la casa. Gracias a vosotros, y al resto de mi familia, que hoy habéis querido acompañarme en esta encomienda tan especial.

También es justo y necesario saludaros a todos y cada uno de vosotros, mis queridos paisanos, que habéis querido haceros presentes aquí esta noche, en este bello Templo, para escuchar este anuncio de la Semana Santa.

Y como no, saludar a los «hermanos» y amigos venidos desde los distintos y muy queridos lugares de la diócesis de Málaga, donde he tenido la alegría, de servir a la Iglesia como cura. Gracias por el esfuerzo y el cariño que me mostráis al estar presentes aquí, en esta Iglesia patronal de Nuestra Señora de los Remedios, para participar del pregón oficial de la Semana

Santa de Antequera del año jubilar de la Misericordia, de este año de 2016. Que el Señor os lo pague a todos.

Finalmente, no quiero cerrar estos saludos, sin agradecer de corazón la generosa presentación a mi antecesor en este encargo, a don Manuel Díaz Ruiz. Palabras inmerecidas, porque uno sólo ha tratado de ser en su vida un humilde servidor del Evangelio, que además, tuvo la suerte de nacer en esta bendita tierra. Y en un día como hoy, no puedo parar, de dar las gracias a Dios, por ambas cosas.

Manolo, muchas gracias por entregarme este testigo de ser pregonero de la Semana Santa de Antequera. Tú también viviste en tus «carnes» esa mezcla de alegría y responsabilidad que acompaña a esta importante tarea.

Espero, con la ayuda del Señor, estar a la altura de quienes habéis engrandecido con anterioridad esta cátedra que anuncia nuestra Semana de Pasión. Y como hicisteis en su día, todos y cada uno de vosotros, mis antecesores, yo también voy a hacerlo desde mi vida y desde mi fe. Y como ya he dicho, con la ayuda del Señor.

Desde ahí quiero comenzar mi Pregón.

3. Cuerpo del Pregón

3.1 Memoria agradecida: Herederos de una hermosa tradición de fe.

Dice el refrán que «es de bien nacidos, ser agradecidos». Y yo quiero comenzar siéndolo con la tierra que me vio nacer, con nuestra querida Antequera. Todos sabemos que nuestra ciudad lleva la Historia, la antigüedad, hasta en su nombre.

A nadie, que tenga la oportunidad de conocer este rincón privilegiado de Andalucía, se le escapa el detalle de saber, que desde muy pronto, desde hace varios milenios, en el umbral de la historia conocida, nuestra fértil vega del Guadalhorce ha estado llena de vida, ha sido fuente de cultura.

Basta asomarse a los Dólmenes, y contemplar como esto que digo, sigue siendo una hermosa realidad. Esos emblemáticos monumentos a los que, por fin, les ha llegado el momento de recibir el reconocimiento oficial como «Patrimonio de la Humanidad». Algo que siempre han sido. Una declaración que con tanta ilusión se ha pedido por parte de toda la sociedad antequerana y de las instituciones que nos representan.

Si la unión hace la fuerza, esta vez sí «toca», por fin, pues todos nos hemos implicado, desde nuestras posibilidades para alcanzarlo. Y cuando el próximo mes de julio esto sea así, todos podremos estar orgullosos del trabajo realizado a todos los niveles, al ver el objetivo cumplido. Ojalá esa

unión no pare ahí, que hay más realidades y proyectos en nuestra ciudad que necesitan del compromiso y la implicación de todos, para fraguarse, para salir adelante.

Pero la historia de la que os quiero hablar no nos lleva tan lejos, está un poco más cercana a nuestras vidas. Antequera es definida por el poeta Gerardo Diego como «la ciudad de las iglesias blancas y gongorinas». Bella imagen que se hace elocuente cuando tenemos la oportunidad, desde el Arco de los Gigantes, de contemplar nuestra ciudad y sus campos cercanos. La «postal» que desde allí se nos presenta, está poblada de torres y espadañas que señalan la presencia de esas iglesias, de las diferentes «casas» de Dios y de su Madre, en medio de nuestra ciudad de Antequera.

Pero esta abundante presencia de hoy no es un hecho reciente, una moda pasajera, de última hora, como algunos defienden. Nuestra fe cristiana ha tenido un importante lugar en nuestra tierra casi desde los primeros momentos en los que hay datos sobre el cristianismo en España. Me refiero a las actas del primer Concilio conocido en nuestro país, el Concilio de Elvira, celebrado en las afueras de Granada, que fueron firmadas por «Juan, un presbítero de Singilia Barba, junto a San Patricio, el obispo de Málaga».

Una pequeña referencia que, sin embargo nos recuerda que, aquí, en nuestra tierra antequerana, a principios del siglo IV, los cristianos ya vivían y creían en ese Dios que nos ama con locura. Sí, en el mismo Jesucristo, al que nosotros, los cristianos del siglo XXI, seguimos proclamando como nuestro Dios y Señor.

La fe tiene mucho de herencia transmitida de generación en generación. Y en nuestro caso tiene una raíz muy profunda en la historia de esta tierra. Esa historia, que para nosotros, no es una mera crónica de hechos pasados, sino siempre, una memoria agradecida que actualiza la constante acción de Dios en nuestras vidas.

Aunque, también es cierto, que para acercarnos a contemplar nuestra Semana Santa, no es necesario remontarse tan atrás. Su historia arranca con la entrada de la ciudad en la Edad Moderna. Me refiero a la incorporación, el día de santa Eufemia de 1410, de Antequera a la corona de Castilla, de la mano del Infante don Fernando. Tras el paréntesis de los siglos de presencia musulmana, «*salió el sol por Antequera*», y Dios quiso, que nuestra ciudad volviese a ser un lugar privilegiado donde la fe cristiana, arraigó con hondura.

Han cambiado mucho las cosas desde esos primeros momentos de la re-cristianización de nuestra ciudad. Pero la ermita del Cerro de la Cruz y el Vía Crucis que hasta allí realiza, cada cinco años, Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre, nos recuerda, dónde concluían las primeras «estaciones de penitencia» de nuestra ciudad.

Es lógico. Entonces se entendía que dar testimonio público de la fe implicaba vivir físicamente «el camino del Calvario» que Jesús había sufrido en su Pasión. Sólo padeciendo en «sus propias carnes» ese dolor, como los «flagelantes» que entonces formaban parte de esa cofradía, se creía que se podía uno acercar a hacer vida el amor más grande.

Nuestra Semana Santa, gracias a Dios, es una de las grandes herencias de la fe de nuestros mayores, aunque la vivamos de una manera diversa a como ellos lo hacían. Por eso, hoy sigue siendo una de las principales expresiones de fe en nuestra ciudad. Hay muchos elementos propios de estos días grandes. Basta con admirar el bello cartel anunciador de la Semana Mayor de este año, centrado en la figura elegante de ese «campanillero de lujo», para ver que aquí, la Semana Santa es una cosa diferente.

Una de las grandes señas de identidad de la Semana Santa de Antequera es su rico patrimonio artístico que hemos recibido de los que nos precedieron. Las actuales juntas directivas de las cofradías sois sus custodios, sus albaceas. ¡Qué importante es vuestro trabajo por mantener, por poner en valor ese patrimonio! Además haciéndolo, casi siempre, con mucho acierto.

Ese es el camino: ¡no podemos perder nuestros signos de identidad! No se trata de ser mejores o peores que nadie. Pero sí, de ser distintos, de potenciar todas esas particularidades que, nuestra Semana Santa puede aportar en la celebración de la Pasión de Cristo.

Quien viene de fuera se maravilla ante la rica imaginería y ese patrimonio orfebre y textil que las hermandades y cofradías ponéis en la calle estos días en vuestras procesiones. ¡Cómo se sorprenden cuando ven o viven una «Vega»! Quien no conoce la importancia que el campo ha tenido y tiene en el «día a día» de esta ciudad, no puede comprender que ese «pan de cada día» que se pide en el Padre nuestro, aquí, en Antequera, se pida así, a las queridas imágenes de vuestros sagrados titulares.

Sin embargo, junto a todo esto hay un gran peligro: el que «*los árboles no nos dejen ver el bosque*». Si con sinceridad nos lo preguntáramos, podríamos formularlo así: ¿de dónde nace todo esto?, ¿es algo que aparece sin más, de buenas a primeras?, ¿o es que en Antequera hemos tenido la suerte de que los avatares de la historia hayan respetado el patrimonio más que en otros lugares?

Puede que todas estas preguntas, así formuladas, tengan algo de verdad, como ocurre cuando nos acercamos sólo a los meros datos históricos. Pero es una respuesta muy pobre, pues nos falta la base de la misma: somos herederos de la fe de nuestros mayores, de muchas generaciones de antequeranos, que con sencillez y mucho esfuerzo, han sabido plasmar su amor a Dios a través de ese patrimonio. Sino pensad en la rica imaginería de

nuestra ciudad, que no es ni más ni menos, que una hermosa expresión plástica de nuestra fe.

En las distintas imágenes del Señor en los misterios de su Pasión y en las distintas advocaciones de María, su Madre, vemos plasmada la sed de eternidad que vive en el corazón del hombre, en nuestros corazones.

Es una fe vivida que los artistas han sabido tallar con sus gubias, una oración bellamente expresada en la madera que trabajaron con maestría. Sin una fe sencilla a la vez que profunda, Diego de Vega, Miguel Márquez o el gran Andrés de Carvajal, entre otros, no hubieran podido transmitirnos esas imágenes que acercan nuestro corazón a Dios, pues ese es el sentido último de todos sus trabajos. El esplendor del barroco, que nos preside en esta hermosa iglesia y del que nuestra Ciudad es un ejemplo único, tiene en los Tronos de las procesiones de Antequera los mejores ejemplos de los altares portátiles donde tienen su origen: cuando hubo que llevar el Evangelio a la calle, a la vida de nuestros mayores, la fe se expresó en nuestras imágenes, para que todos pudiéramos conocer y vivir la Pasión de Cristo y de su Madre. Para que creciera su fe, y de camino la nuestra.

Porque todo esto no es un hermoso recuerdo. Es mucho más actual de lo que pensamos. Baste señalar el luminoso ejemplo de nuestros dos paisanos que han sido declarados beatos de la Iglesia en los últimos años. Me refiero, a Madre Carmen del Niño Jesús, y al rector del Seminario de Málaga, a don Enrique Vidaurreta. Dos personas santas, que de una u otra manera, supieron mostrar a todos, que el amor no es solo un bello sentimiento, sino que ese amor de Dios era el verdadero sentido de sus vidas. Y también de sus obras, que aún perviven entre nosotros.

Ellos son dos eslabones brillantes en esta gran cadena de la fe que ha llegado a nuestros días. De una fe que vivieron como nosotros, en esa clave que comienza en el amor a los sagrados titulares (como ocurre con Madre Carmen, quien se encomienda a la Virgen del Socorro a la hora de entregar su alma a Dios). Ellos nos muestran que ni la santidad ni la fe en Jesucristo es algo «pasado de moda», sino que por el contrario, es algo muy actual.

Incluso, me atrevería a decir, muy necesario para la vida de cada uno de nosotros. Aunque no podemos olvidar que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética, por una gran idea o por un bello sentimiento, sino por el encuentro con una Persona, con Jesucristo, que da un nuevo horizonte a la vida» (Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1).

Ese encuentro que solo se da en la Iglesia, y al que de ninguna manera podemos renunciar, si no queremos que nuestra identidad cristiana se vea en peligro, o directamente se pierda. Y sin la fe en Cristo como Hijo de Dios, ya no tendríamos nada que celebrar en Semana Santa. Que este hecho no se nos olvide nunca.

3.2 Una ilusionante realidad:

Porque cuando pensamos en la Semana Santa podemos quedarnos en la epidermis, pensar que solo es un sentimiento, un cúmulo de sensaciones (pensemos en los olores del incienso, de la cera o en de la dulzura del azahar; o en la peculiar belleza de los acompañamientos musicales, signo de identidad de esta fiesta en nuestra querida Andalucía). Entre otras, estas sensaciones, inundan nuestras calles y nuestros sentidos al comienzo de cada primavera.

Bien lo sabéis vosotros. Y posiblemente lo podríais expresar mucho mejor que yo, con más poesía. Porque no es fácil. Son un cúmulo de emociones que, en los próximos días va a llenar las iglesias y las calles de Antequera. Pero yo estoy convencido, desde mi humilde experiencia, que la Semana Santa es algo mucho más grande y profundo.

No son cosas superfluas, meras modas, que mueven a nuestro corazón sin más. Son hechos que deben llegar a nuestra vida, para colmar el más grande de nuestros deseos, el deseo de Dios. Y todo lo que nos acerca al Totalmente Otro, a la realidad de Dios, sabemos que nuestras palabras se quedan cortas, que son muy pobres, para expresar todo su valor.

Por eso, con «temor y temblor», quiero acercarme a esa realidad: Dios quiso salir a nuestro encuentro y lo hizo de una manera personal y concreta: en la vida de su Hijo Jesucristo.

Porque la fe en Jesucristo es una apasionante experiencia de vida, en la que todos podemos participar gracias a nuestra Iglesia. Ella es quien, generación tras generación, trata de mostrarnos la frescura de la Buena noticia. Ese Evangelio donde se recoge todo lo que vamos a vivir en los próximos días de Semana Santa, en sus relatos de la Pasión, de la Muerte y de la Resurrección del Señor.

Lo recordamos cada año con la llegada de la Pascua, tras la primera luna llena de primavera. Pero no se trata de conocer un relato piadoso, un «cuentecillo». En cada uno de los evangelios se nos ofrecen distintos aspectos que hacen que cada cual pueda pintar, en su mente y en su alma, su propia visión de la Pasión, de los momentos más decisivos de la vida del Maestro. O como ocurre en nuestra Antequera, para compartir una manera de entender y de vivir esos acontecimientos tan especiales.

Por eso yo creo que podemos hablar de cómo es la... *PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, SEGÚN ANTEQUERA.*

En aquel tiempo, Jesús tomó la decisión de subir a Jerusalén. Se aproximaba su Hora. Y esta hora pasaba por llevar a término su misión. El era un profeta, y bien sabía, que sólo en la Ciudad Santa es donde los «hombres de Dios» entregaban su vida.

Como estaba cerca la fiesta de Pascua, era una verdadera riada humana la que se dirigía hasta allí desde Jericó, bordeando el desierto de Judea. Entonces para darle solemnidad al momento, les pidió a sus discípulos que le trajesen una cabalgadura de la aldea de enfrente. Cualquier rey debía «ir a lomos» de una montura según su dignidad. Hasta en eso, Jesús va a ser especial. Pide que le traigan un borrico, una humilde pollinica, para poder terminar de subir a Jerusalén.

Al verlo así se sorprenden. Muchos de aquellos peregrinos ya lo habían visto hacer milagros en Galilea, lo conocían como predicador. Son ellos los que van a gritar de júbilo, quienes pondrán sus mantos para alfombrar el camino, quienes llevaran en sus manos los ramos y las palmas que dan nombre al primer día de la Semana Santa.

De ahí nace la primera procesión de la Semana Santa, la que en la Iglesia hacemos con nuestros ramos y con nuestras palmas, como aquellos peregrinos. El Domingo de Ramos en la Pasión del Señor quiere recordarnos todo eso, quiere ser el pórtico de esas grandes celebraciones, que en nuestros templos y en nuestras calles vamos a vivir acompañando al Señor.

Aquellos peregrinos claman a voz en grito: «Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mateo 21, 9). Es el grito que aquel pueblo tenía en su garganta desde hacía siglos. El Señor era el que tenía que venir. En su corazón lo esperaban con inquietud. Necesitaban su liberación. Él era su gran esperanza.

Por eso es la gente sencilla la que lo va a alabar. Y en aquella riada humana que va a la fiesta, destacan los niños, que entusiasmados, acompañan a nuestro Señor Jesucristo en su entrada triunfal en Jerusalén.

Poco ha cambiado ese detalle casi 2000 años después. El Domingo de Ramos además de ser un día de estrenos (pues ninguno queríamos perder las manos), también sigue siendo un día de fiesta para los más pequeños de la casa, un día donde son muchos los niños que siguen participando de esa procesión, al tiempo que nos recuerdan uno de los grandes retos de las cofradías hoy: seguir siendo una escuela de fe para las próximas generaciones.

Lo fue, cuando esta cofradía comenzó de manos de los jóvenes de la Acción católica de San Sebastián hace poco más de seis décadas. Y lo sigue siendo con el grupo de gente «menuda» que acompaña con alegría la Entrada triunfal del Señor. Vosotros, hermanos cofrades, sabéis que incorporar a los pequeños no es fácil. Pero, el que en torno a la imagen de la Pollinica, sigan estando ellos (aunque sea un rato, pues todavía no están preparados para hacer todo el recorrido), es uno de los primeros pasos, muy, muy necesario, para que siga existiendo la necesaria cantera.

Sé que no sólo es en esa cofradía, que los papás y mamás de las directivas de las distintas hermandades tenéis a vuestros críos alrededor de los tronos desde pequeños, y que muchos de ellos, os acompañan en las procesiones. Bendito sea Dios. Lo que aprendemos de pequeños es lo que va a quedar para siempre en nuestro corazón. Procuremos que sea mucho y bueno lo que de nosotros reciban ahí. Eso es también educar en la fe, como prometisteis el día de su bautismo.

Pero volvamos a nuestro protagonista, al Señor, y a nuestra Semana Santa que es lo que nos ocupa en esta noche. Aunque no lo parezca, estos días decisivos de la Pasión no empiezan al final de la vida de Jesús. Fue una constante durante todo su ministerio, durante los años que estuvo predicando el Reino de su Padre.

Aunque yo quiero que nos fijemos en una escena concreta, en aquella en la que apenas siendo un adolescente, subió a Jerusalén junto a sus padres. Para los niños judíos, cumplir 12 años equivalía a convertirse en «miembro de pleno derecho» del pueblo de Dios. Como adulto asumía todas las obligaciones de un miembro de ese pueblo: sus rezos, sus ayunos, sus obligaciones para con los pobres y las viudas, por ejemplo.

Como es normal, él iba muy ilusionado, porque siempre había escuchado hablar de las maravillas del Templo, del lugar donde Dios vivía en medio de su pueblo. Y ahora, por fin, iba a poder estar allí. Poco sabemos de la infancia de Jesús, pero este acontecimiento nos lo relata Lucas con toda clase de detalles. Incluso nos habla del mal rato de sus padres, al percatarse de que no vuelve con ellos a casa.

«¿Porqué me buscabais, tenía que estar en las cosas de mi Padre?» (Lucas 2, 49). Con esa respuesta recibe a sus preocupados padres. José y María lo viven entre la natural inquietud de la pérdida de su hijo, y la sorpresa de verlo como uno más, en medio de los maestros de la Ley.

En nuestra ciudad, la fe nos ha unido este pasaje a la Pasión. «Esas cosas de su Padre» se representan con la cruz que sostiene en sus manos la imagen del Niño Perdido. Esa cruz es la forma en que el artista nos muestra como es la vida de Jesús desde el principio. ¿Qué nos enseña cada vez que contemplamos su hermosa imagen apareciendo por la puerta de la basílica de santo Domingo?

Que su vida fue hacer siempre la voluntad de su Padre, ser fiel hasta la muerte. Frente a las normas y a las leyes de aquellos maestros judíos, Él nos muestra que la misericordia y el perdón de Dios llenan la tierra. Y quiere que llenen nuestras vidas.

Jesús subió acompañado por sus padres, y no me gustaría que nos olvidáramos, ya desde ahora de la figura maternal de María. Jesús no era la primera vez que subía al Templo. Al salir de la «cuarentena», María, fue a

cumplir con la Ley, a su purificación. Y es allí, donde recibe un doloroso anuncio: la vida de aquel niño, de su Hijo, no iba a ser un «camino de rosas».

El dolor y el sufrimiento lo iban a acompañar, durante toda su vida. A su madre se le iban a clavar muchos puñales en su corazón, como entonces le anunció el anciano Simeón. Las madres nos llevan 9 meses en su seno, pero toda una vida en su corazón. Y mucho más en las dificultades y los sufrimientos, que en las alegrías.

Por eso Madre de los Dolores, tus lágrimas nos hablan del sufrimiento de las madres por sus hijos. ¡Cuántas habrán buscado cobijo bajo tu manto en Belén, cuantas habrán llenado tu corazón de madre con ese hijo que no quiere salir de la droga, aunque su vida se esté yendo a la basura; o aquel que aunque vale un «Potosí», sufre en sus carnes la pérdida del trabajo o la ruptura de su hogar; o viendo con dolor la grave enfermedad de ese pequeño al que parece que la vida se le escapa entre sus pequeñas manos!

En tu Paso, «santo y seña» del estilo antequerano, vas sobre una esbelta peana. Alguno que no te conociera, pensaría que lo haces para alejarte de esa realidad de dolor y de sufrimiento. Pero no es así, no puedes. Tu corazón va abierto por la herida de la dolorosa pérdida de tu Hijo Jesús, y de los dolores y sufrimientos de todos tus hijos. Y a ellos estás unida para siempre.

Madre de los Dolores, ruega por nosotros.

El Misterio Pascual

La gran celebración de la Iglesia en la Semana Santa es la Pasión, Muerte y la Resurrección del Señor. Y esta celebración comienza, en la liturgia, cuando en la tarde del Jueves santo nos sentamos en la mesa del Señor para participar en su Última Cena. «Tomad y comed, esto es mi cuerpo; tomad y bebed este es el cáliz de mi sangre, [...] haced esto en memoria mía» (cf. Mateo 26, 26-28), son las palabras y el gesto con el que el Señor quiso entregar su vida y quedarse para siempre entre nosotros.

Desde aquel día, la Iglesia y los cristianos, sabemos dónde podemos encontrar al Señor realmente presente: en el sacramento de la Eucaristía. Jesús se entrega alimentando nuestras vidas y nuestra fe con su cuerpo y con su sangre.

Un cristiano no puede vivir sin la Eucaristía. Es el verdadero alimento de nuestro ser. No porque lo digamos los curas, que a veces hablamos más de la cuenta. Lo es, porque así nos lo dice el propio Jesucristo: «el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna». Para a continuación aposti-

llarlo afirmando que: «yo lo resucitaré en el último día» (Juan 6, 54). Ni más ni menos.

No es un mero capricho, ni se trata de ir a la iglesia a echar un rato. En nuestra forma de vivir la Eucaristía nos estamos jugando participar de la felicidad que Dios ha soñado para nosotros. Seguro que si cuando acudimos a misa, lo hiciéramos con esa esperanza en el corazón, participaríamos de la misa de otra manera.

Además, en la eucaristía de la tarde de cada Jueves santo, hay un gesto muy especial, al menos visto de la perspectiva del sacerdote que preside la celebración. La eucaristía es uno de los pilares de nuestro ministerio, de nuestro ser cura, porque volvemos a hacer realidad lo que el Señor pedía en esa Última Cena: *haced esto en memoria mía*.

El gesto al que me refiero es el Lavatorio de los Pies.

Aunque a veces pasa desapercibido, es una verdadera «carga de profundidad» en el corazón del pastor. Nos acerca al Maestro, nos invita a repetir sus gestos de amor. Jesús les había enseñado muchas cosas a sus discípulos. Y lo va a estar haciendo hasta el final.

La penúltima lección es que el Maestro coge esta toalla y se pone a los pies de sus discípulos para lavárselos. Eso era algo impensable. Eso sólo lo hacían los esclavos cuando los amos volvían de la plaza.

Este gesto tan sencillo y cotidiano, el tacto de una humilde toalla es la antesala de la misión del sacerdote, estar a los pies de la gente.

Por eso, al bueno de Pedro casi le da un síncope. «¿Señor, limpiarme los pies tú a mí? ¡Jamás!» (Cf. Juan 13, 8). Posiblemente sea uno de los gestos más significativos del servicio al que los curas estamos llamados con nuestras comunidades, repitiendo el gesto del Señor. Pedid por nosotros, para que realicemos bien nuestra misión, que creerme, muchas veces no es fácil.

Además, si alguna vez os invitan a participar del Lavatorio en la iglesia donde participáis de la misa, aceptadlo con alegría, disfrutad de ese momento que nos sienta a todos en ese primer cenáculo, en esa Última cena que sigue alimentando nuestras vidas, para que el Señor lave nuestros pies.

Y mucho más ahora, que el Papa Francisco ha normalizado, por fin, el que de este gesto puedan participar todos los fieles de la Iglesia, no sólo los hombres. Mucha importancia tiene la mujer en el día a día de la Iglesia para que siempre parezca que os estamos dejándoos en segunda fila.

A estas «alturas de la película», en la Iglesia de la misericordia, en la Iglesia de Jesucristo, no sólo no sobra nadie, sino que uno de los grandes retos que tenemos es el ayudar a que todos podamos encontrar nuestro lugar en ella.

Sólo así podremos ser fieles al Señor para vivir y predicar el Evangelio. Y aunque las cofradías, gracias a Dios, habéis dado muchos pasos en esa

dirección, la de dar su necesario puesto a las mujeres, aún queda mucho por hacer, hay que seguir trabajando para que de verdad sea así en todos los ámbitos posibles. Ánimo en esa tarea.

El Jueves Santo, finalmente, es el Día del Amor Fraternal: recordamos la entrega de Cristo por todos nosotros, sus hermanos. Yo os invitaría a no vaciarlo de contenido. Bien conocéis muchos de vosotros, amantes de la historia de las cofradías, que estas nacen para cuidar y potenciar la caridad entre los hermanos de cada cofradía, y con quien lo pudiera necesitar. Por eso, me atrevería a decir, que esa caridad es uno de los verdaderos sentidos que hacen florecer estas instituciones en su origen.

Lo que ocurre, es que la pobreza y los pobres, es una realidad que parece que a los cristianos nos cuesta integrar en nuestra vida. Y eso que los seguidores de Cristo nos jugamos tanto en este tema... Ni más ni menos que ser fieles al Maestro preocupándonos por nuestros hermanos que más lo necesitan.

Es cierto que es una cuestión difícil de valorar en lo concreto, porque en muchas ocasiones no sabemos «*de la misa, la media*», a la hora de valorar la pobreza y también la actividad socio-caritativa de la Iglesia en general, y de las cofradías en particular.

Pero os he de confesar algo. En los últimos meses, y a causa de este nombramiento, he seguido mucho más la vida y las actividades que, desde cada cofradía realizáis. Es una de las ventajas que tiene *Internet*, esa red que nos acerca a la vida de nuestra ciudad a todos los antequeranos que vivimos en «la diáspora». Y al mismo tiempo, eso me ha hecho comprobar cierta inflación de la caridad de «*Facebook*» o de «*Twitter*».

Cuidado, que esa caridad de la «*foto*» no es la caridad cristiana. Empezamos la Cuaresma escuchándolo de labios del Señor: «tú cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha. Así quedará en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te lo premiará» (Cf. Mateo 6, 3-4). Y os aseguro que ese «premio» es mucho más gratificante que los «*me gusta*» de esas famosas redes del ciberespacio.

Uno de los frutos de la verdadera comunión, esa que nace de la mesa de la Última Cena, es la Paz. Allí, en el Cenáculo, junto a los discípulos estaban también, alguna de las mujeres que siempre los acompañaban.

De todas ellas brilla con luz propia, María de Nazaret, su madre. Por eso permitidme situar junto a esa cena de amor, esa Paz que tanto deseamos en nuestra vida, en la vida de todos los pueblos. Y quiero hacerlo de la mano de la bella imagen que pasea ese nombre por las calles de nuestra ciudad.

Me refiero a la Virgen de la Paz, que cada Viernes Santo lo hace desde su basílica de santo Domingo, como sagrada titular de la cofradía de «*Aba-jo*». Ella lleva dos siglos haciéndolo, paseando por nuestras calles la

respuesta a ese anhelo de Paz. En su procesión, ese deseo se hace plegaria con el esfuerzo de sus hermanacos. Ella las recibe con la dulzura de su expresión, haciendo que el dolor se transforme poco a poco en la Paz, esa que da saber que estamos haciendo, en nuestra vida, la voluntad de Dios.

Así es como Él transforma nuestro corazón y nuestra vida. Como bien hizo «la sierva del Señor». Por eso llamamos bendita a la Madre del Señor, porque «Él ha hecho en ella grandes cosas» (cf. Lucas 1, 48s).

Reina de la Paz, ruega por nosotros.

Volvamos a donde estábamos, al Cenáculo. Tras terminar la cena, Jesús sale junto a sus discípulos, hacia un lugar muy familiar para todos ellos. En el molino de aceite de aquel «*Huerto de Gesetmaní*» se habían quedado a dormir en más de una ocasión durante sus visitas a Jerusalén.

Los olivos de aquel huerto van a ser testigos de la oración del Señor. Cómo en todos los momentos importantes de su vida, Jesús va a volver a rezar, esta vez, al amparo de aquellos poderosos árboles.

Aunque la oración de Jesús no es como la nuestra. Mientras nosotros parece que le decimos a Dios lo que tiene que hacer, Él hace una oración de confianza, de abandono. Nosotros pensamos aquello de «¿quién mejor que yo voy a saber lo que me hace falta?» Pues Dios, nuestro Padre, aunque nos parezca mentira. Y descubrirlo es una de las grandes tareas de la vida cristiana.

Bien lo sabía Jesús. Él no pasó por la vida de «puntillas» como estamos viendo, sino que se implicó hasta el final, hasta hacer que brotara sangre de su frente, a causa del pavor ante la hora incierta que se le avecinaba.

De ahí su suplica: «Aparta de mí este cáliz, Padre, pero que no sea lo que yo digo sino hágase tu Voluntad» (cf. Lucas 22, 42). Impresionantes palabras. Igual nosotros hubiéramos salido corriendo dejando caer por tierra el «cáliz» de la voluntad de Dios ante la hora de la verdad. Cómo hicieron sus discípulos, vaya.

A la imagen del Señor en la Oración en el Huerto siempre se le representa con la figura de un ángel que, junto a Él, quiere sostenerlo en su oración durante la hora de su agonía. Dios no lo podía dejar solo, y hace que ese ángel «acompañe su camino».

Como tampoco quiere que nosotros nos quedemos solos ahí, en esa hora dura de la prueba. Tenemos la suerte de poder buscar el amparo de nuestra madre, de pedir el Consuelo a María ante las «*noches oscuras*» que se presentan en nuestra vida.

Parece una paradoja, pero la maternidad de María es uno de los regalos de la Pasión del Señor. Los problemas, las dificultades de nuestra vida, no

dejan indiferente a Dios. Por ello pone en nuestra vida una intercesora especial. Y desde aquel día contamos con una «Mediadora» con mayúsculas.

De ella nos viene el Consuelo que necesita nuestra vida. De ella, de sus manos amorosas sale el amor que buscamos para las oscuridades de nuestra vida. A nadie se le ocurriría pensar que una persona con un gran dolor en su corazón pudiera ofrecer ese amor. Eso solo lo puede hacer una madre, capaz de olvidarse de sí, de sus problemas, para acoger y dar consuelo a sus hijos, aquellos que en ella quieren poner su confianza.

El Consuelo que ofrece a los Dolores en esos bellos encuentros al principio, o casi al final de la procesión del Jueves santo de nuestra ciudad. Hermosa tradición, esa de los Encuentros, ese testimonio de encontrarnos y de querer caminar juntos.

Siempre han sido necesarios, pero mucho más ahora, en los «tiempos reacios» que nos ha tocado vivir. En estos momentos la comunión, a los cristianos, nos toca hacerla vida.

Madre del Consuelo, ruega por nosotros.

Con Jesús no habían ido a *Getsemaní* todos sus discípulos. Uno de los suyos, Judas, ya estaba haciendo la «guerra por su cuenta». Él sabe que los jefes del pueblo querían capturar a Jesús, y ve una oportunidad para entregarlo. Pensaba que a buen seguro, alguien lo premiaría por ello.

Así lleva a aquel huerto de las afueras de Jerusalén a la guardia del Templo, imaginando que allí encontrarían a quien buscaban. La entrega de Jesús es especialmente dolorosa. Por sorpresa, y basada en la traición de uno de los suyos. Con un beso, con un gesto de amor y cercanía, va a traicionar a su Maestro. No le duele tanto lo que hace Judas, sino por ser él quien lo hace. No hace daño quien quiere, sino quien puede, decimos nosotros. Otro peso más para las pobres espaldas de Jesucristo.

Esa pasión del Señor que se va acercando a pasos agigantados, que lo va llenando todo. La «oscura noche» se va haciendo realidad en la vida del Maestro. Tras la traición, lo detienen y lo llevan preso. En nuestra ciudad eso nos lleva a hablar del Señor del Rescate.

Lo llevan a presencia del Sumo sacerdote como si fuera un criminal. Lo han atado para evitar que se escape, para poder arrastrarlo sin dificultad, «como cordero llevado al matadero» (cf. Isaías 53, 7).

No opone resistencia sino que va con serenidad, pues sabe que su misión es esa, es llevar esas ataduras para rescatarnos. Pero nuestras ataduras, ¿son lazos de amor? ¿o es el odio y la envidia quien nos ata o quien nos retiene?

Son tantos nuestros miedos, nuestras limitaciones que necesitamos ser rescatados de nuestro egoísmo, de nuestra falta de caridad. Ese es otro de

los retos de los cristianos, salir de nosotros mismos para abrazarnos a Él, para unirnos a Él, con esos lazos de amor que nada ni nadie puede romper.

¡Cuántas túnicas se atan con este cordón en estas celebraciones! Sólo dos manos se atan para desatarnos a todos. Ser cristiano es compartir la vida de Cristo. Y no solo en los momentos fáciles de la vida, sino especialmente en los que las dificultades llenan nuestra existencia. Cuanto saben de ese «rescate» todos los devotos que se presentan a Ti, para pedir tu ayuda cada primer viernes de marzo, Señor. O los que, cada martes santo llenan las calles acompañándote en tu lento caminar, alumbrando tu recorrido desde la Cruz Blanca, Señor del Rescate.

Aunque yo hoy quiero fijar en otra «parada» que esta querida imagen «sufre» en cada procesión. ¿A dónde se llevan al Señor?, preguntaba uno, la primera vez que iba en esa muchedumbre alumbrando, al ver que de pronto la imagen abandonaba la procesión: va a ver a «un niño enfermo», a su amigo Manolo. Y lo hacía siempre, aunque ello supusiera retrasar la marcha de la procesión.

Ole por quienes no sólo no os planteasteis dejar de hacerlo nunca, sino que al final hicisteis que toda la procesión se acercara a saludar al bueno de Manolo en su lecho del dolor. Él se fue ya para el cielo.

Pero seguro que cada Martes Santo, tiene un sitio de privilegio, con tantos devotos del Señor del Rescate que allí están, para no faltar a su cita y saludar a su «Amigo» un año más. Aunque los balcones del cielo no se ven vacíos en esos días con personas muy queridas para nosotros. Ellos están disfrutando de la presencia del Señor, cuidando de vuestra tarea. La lista de ellos y ellas sería interminable. Y lo que aprendí de alguno de ellos están muy presentes en estas páginas. Gracias. Nos vemos en la Casa Padre.

Volvamos a Jerusalén, donde los hechos se precipitan aquella madrugada. Aunque parezca increíble, unas pocas de horas bastaron para acabar dramáticamente con la vida de Jesús. Por eso, las horas de aquella noche y de aquella mañana van a ser tan intensas. Del huerto pasamos a los juicios de Cristo (el judío y el romano), de cuyas «condenas» se nutre mucha de la iconografía de nuestra Semana Santa.

La primera imagen que aparece ahí es la del Señor amarrado a la columna. Los azotes era el primer castigo a los que se sometía al preso, según el proceso legal romano. Y aunque hoy nos dé escalofrío pensarlo, era un castigo de «segunda», era aquello de dar un pequeño correctivo a los delincuentes de «poca monta».

La serie de 39 latigazos (cuarenta menos uno es como eran denominados en el derecho romano), eran capaces de destrozarse a cualquiera, de hacerle confesar el delito que no se había cometido. Pero así es como Roma sostenía su poder, con «*manu militari*».

Otra vez atando lo que Dios se empeña en desatar... Viendo los ojos del Señor, amarrado a esa columna, los vemos mirar al único lugar donde cree que va a encontrar amparo. Sí, mira al cielo. Levanta la vista a lo alto. De nuevo, como en el Huerto, busca a su Padre.

Porque en el fondo no lo entiende: ¿porque me pegan? ¿qué he hecho yo, para merecer esto? Son cuestiones que resuenan en su cabeza mientras los verdugos siguen empleándose a fondo en destrozarse su espalda.

Pues le pegan por mi pecado y por el tuyo, por las veces que negamos a Dios en nuestro corazón, en nuestra vida diaria. Aunque lo que más le duele son las negaciones de sus discípulos, de entonces y de ahora, al verse abandonado por quienes tanto quería y tanto quiere en su corazón.

Al terminar el suplicio liberan sus manos y cae por tierra. La imagen del Señor del Mayor Dolor nos lo representa, en esa iconografía tan particular. Despojados de sus vestiduras, de su dignidad, solo porta una cosa consigo, el amor misericordioso de Dios, tras el duro castigo recibido. Va recuperando el aliento y hace un esfuerzo por recuperar sus vestiduras para así poder tapar su herida desnudez, aunque sea a «gatas».

Cuando uno contempla su mirada, está viendo el rostro de la misericordia y del perdón de Dios. Esa a la que el Papa Francisco ha querido dedicar este Año de la Misericordia. De esa mirada bien puede hablar el último banco de la Iglesia Mayor, ese que se sitúa frente a Él, ese que nunca se ve sólo, pues siempre hay quien quiere ir a visitarlo para pedir algo, o simplemente para poner en sus manos y en sus heridas, su vida, sus deseos.

Andrés de Carvajal lo hizo nacer de sus gubias pensando en el día de su entierro (quería que las campanas de San Sebastián doblasen por él como ocurría cuando moría un canónigo de la Colegiata). Pero nadie podrá negar que supo hacer del arte una oración de su alma. Con esta imagen, una de las que dan una impronta particular a nuestra rica imaginería.

Señor, que tu mano no deje de estar tendida siempre hacia nosotros. Pues lo necesitamos tanto. Necesitamos cogernos de tu mano para seguir adelante. Por eso, con humildad tomaremos el ruán negro y el esparto para acompañarte, para llenar el centro de nuestra ciudad de silencio y penitencia. De pequeño, me impresionaba el ver a estos penitentes, todas personas mayores. La seriedad se respiraba en el ambiente: por gusto, uno no tomaba el porta-cirio para andar descalzo en las frías noches de la Semana Santa de nuestra tierra, acompañando al Señor.

Tras el castigo, lo llevan de nuevo ante Pilato. De gritar el «bendito el que viene en nombre del Señor» durante su entrada en Jerusalén, la gente va a pasar a pedir a voces que lo crucifiquen, ante el gobernador romano. Pilato estaba allí por la fiesta de Pascua, y lo último que quería es, que du-

rante la fiesta hubiera algún problema. Esas cosas de los judíos y de su religión lo exasperaban, *«lo sacaban de sus casillas»*.

Sí, ese Dios de quien Jesús se decía Hijo, y que él no entendía, aunque sabía que hacía a aquel pueblo, unos soldados aguerridos y temerarios a la hora de defender lo suyo, pues ellos eran el pueblo de Dios.

Pues ese gobernador no pasó a la historia por su méritos militares o de gobierno, sino por haber cometido el pecado de omisión más grande que la historia ha conocido: condenar a un inocente para quedarse tranquilo, para calmar a aquellas turbas vociferantes. Y es que ante la muerte que pide el «populacho», se lavó las manos. Y por eso ha pasado a la historia con infamia. Lo malo es que como «nadie escarmienta en cabeza ajena», nosotros seguimos haciéndolo hoy ante tanto inocente que sufre injustamente.

Nos lavamos las manos o miramos para otro lado, porque no son «de los nuestros». Porque si son pobres será culpa suya. Si su país está en guerra, algo habrán hecho. Si, su gran culpa es haber nacido allí. Grave pecado, este de la omisión, al que nos acostumbramos tanto que nos puede sorprender que alguien nos llame responsables de lo que le ocurre a estos hermanos.

Por eso yo quiero pedir, con urgencia, Piedad para esos hermanos y también para nosotros. Porque todos estamos necesitado de ella, madre. Estar cerca en el sufrimiento, como tú haces, es lo que nos hace humanos, es lo que permite compartir este barro del hombre, que el pecado dañó y que tu Hijo amado redimió en el altar de la cruz.

Madre de la Piedad, nuestras súplicas, como las saetas que brotan cada Martes Santo en la Cruz Blanca, son «los gritos de nuestro corazón» que quieren llegar al tuyo. No es difícil mover tus sentimientos de amor. Pero necesitamos sentirnos queridos por ti, para así mostrarlo a todos nuestros hermanos.

Solo quien ha aprendido a amar es capaz de transmitir el amor. Y en cristiano ese amor está lleno de piedad, de perdón. Dice san Juan que «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo» (Juan 3,16). Yo humildemente añadiría que tanto nos amó ese Hijo, que quiso darnos a su madre para que su Piedad llenara nuestras vidas.

Madre de la Piedad, ruega por nosotros.

Pero en el juicio de Jesús no encontramos esa piedad. La condena fue decretada y ejecutada con una inusitada rapidez. Y no sólo para Jesús sino para dos ladrones, Dimas y Gestas, que desde hacía semanas esperaban en la cárcel, el cumplimiento de su condena a muerte en la cruz.

Con los tres reos, la comitiva sale camino del calvario. Es lo que llamamos y rezamos en el Vía Crucis, el camino de Cristo con la cruz. Jesucristo

es cargado con su cruz. Así lo mandaba el derecho romano: el prisionero debía portar la cruz hasta el lugar del suplicio, hasta donde se ejecutaba la condena. Así la imagen del Dulce Nombre de Jesús Nazareno nos representa esta escena: Jesús con su cruz a cuestas, camino del Calvario.

Aunque Jesús llevaba hablando de la cruz mucho tiempo. Sabía que ese podía ser su destino. Así se lo había anunciado a los suyos a lo largo del tiempo compartido: su final sería morir a manos de las autoridades. Pero como casi siempre, va más allá. Su invitación es clara: el que quiera seguirme, que tome su cruz y siga mis pasos. (cf. Lucas 9, 22-25)

Ese es el camino del seguimiento del cristiano. Aunque la tentación sea fuerte, no podemos caer en ella, para dejarla de lado. Ese llevar nuestra cruz es lo que nos fortalece, lo que hace que nuestra vida siga adelante en cristiano. A pesar de las dificultades.

Lo hace el Dulce Nombre sobre sus hombros. Y sus hermanacos, y todos los hermanacos de nuestra Semana Santa. El Señor nos enseña el camino, nos dice con su vida y con su entrega, que el camino del cielo pasa por ahí: sin cruz no hay gloria.

El esfuerzo sobrehumano se deja sentir en el rostro del Nazareno de la Sangre. En él se da la unión de la tradición más señera de nuestra Semana Santa, como nos manifiesta su ir bajo palio en la procesión del Lunes santo, con la juventud de los «Estudiantes» que siguen creciendo, no sólo en edad, sino también en seriedad, con el paso de los años, durante su estación de penitencia.

Las modas pasadas reservaron el procesionar bajo palio a las imágenes de la Santísima Virgen, aunque esta imagen, junto a la de nuestro patrón, al Señor de la Salud y de las Aguas, son testimonios vivos de esa época anterior, donde también los palios protegían las imágenes del Señor, de los aguaceros del agitado comienzo de la primavera, uno de esos «males menores» que tan presentes están en la Semana Santa.

Esta querida imagen cambia la orientación tradicional de la cruz, anticipando el palo vertical de la misma. Parece que la cruz llega antes de que llegue la esbelta figura del Nazareno.

La ofrece a quien quiera recibirla; la ofrece en su lento camino del Calvario. La ofrece en su angosto y cadencioso paso por la calle Duranes, cuando, de vuelta a su convento franciscano, va señalando a todos, por donde llegar al final.

Las fuerzas faltan, y el peso de la cruz tira por tierra a Jesús. Está al límite de la humana capacidad, y la cruz se ha convertido ya en un peso insoportable para Él. Jesucristo, siendo Dios, se hizo uno de nosotros, bajando todos los escalones de la humanidad.

Hasta el último escalón, el de verse caído por tierra a causa del peso de la Cruz, y de nuestros pecados. El Nazareno del Consuelo apoya su manos en el suelo, buscando fuerzas para volver a alzarse y para seguir el camino hasta la muerte. Toca el suelo, para desde allí levantarse y levantarnos, para así llevarnos a todos al encuentro de su Padre.

Miradlo, ahí está, caído por tierra, para que no se nos olvide nunca el sufrimiento que nos ha salvado, quien ha dado su vida por todos nosotros. Así es digno de compasión, y las mujeres de Jerusalén se con-duelen con su dolor, se compadecen de Él, llorando ante su desgracia.

Una de ellas desafía a los soldados, buscando aliviar ese sufrimiento, limpiando su rostro, que ensangrentado y lleno de tierra, apenas deja ver sus hermosos rasgos.

Eso le va a valer el llevarse, en su pañuelo, la imagen de aquel reo condenado; y el ser recordada, para siempre, entre los cristianos, por su atrevimiento. Es la santa mujer Verónica, esa mujer que protagoniza la sexta estación del Vía crucis en la vía dolorosa.

Y que, gracias a su paño, es recordada al lado de los caminos y las entradas de muchos pueblos y ciudades, pidiendo a aquel Nazareno al que auxilió, que proteja a quienes se ponen en camino.

El agotamiento de Jesús llega hasta el punto de que los soldados ven que no puede más, y deciden intervenir antes de que muera camino del Calvario. Por eso toman a uno que venía del campo, a Simón de Cirene (cf. Lucas 23, 26), para que lleve la cruz del Señor sobre sus hombros. Pasabas por allí, Simón, y te encontraste con tu salvación. Con la de vueltas que damos nosotros para intentar acercarnos al Señor. Y con el miedo que nos da coger nuestra cruz.

Una cruz que siempre es dolor, limitación, sufrimiento o incluso muerte. Simón, a ti no te dieron opción. Te obligaron a ello, y bien que lo hiciste, bien que ayudaste a ese pobre Nazareno a llegar al final de su doloroso camino.

Pero, sin embargo, en nuestra vida cambian las cosas, y eres Tú, Señor, tus fuerzas, quienes nos ayudan a llevar nuestra cruz. Has cambiado los papeles en nuestra vida, y Tú eres nuestro cirineo. Y pides que intentemos serlo para con los demás. Que compartamos sus dificultades, para que todos nos acerquemos más a Ti.

Esas dos escenas (la Verónica y el Cirineo) las vemos en tu trono, iluminando nuestra vivencia de la Pasión. Es la Pasión de Cristo, pero Él no está solo. Ni entonces ni ahora. Ahora, te acompañan, sintiendo tu presencia amorosa, tus hermanacos, los nuevos «cirineos» que hacen posible cada año el «milagro» de la Vega.

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

Ellos hacen de la subida de las cuestas ese suspiro, ese esfuerzo que te acerca al descanso de tu templo. Como ocurre por los «Cerretes», en la Cruz Blanca o llegando a la Citarilla, tras subir de una vez la empinada cuesta de la Paz.

Milagro de las Vegas, difícil de explicar a quienes no han tenido la suerte de nacer en esta tierra, pero que no son más, que una expresión de esa fe «que mueve montañas», de esa fe sencilla que se «hace oración metiendo el hombro», que se expresa en el esfuerzo de cargar con premura con ese peso, por las empinadas calles y cuestas de nuestra ciudad.

Vuestros sagrados titulares «son llevados a la Vega» a bendecir nuestros campos. Y no sólo a ellos, sino a todos los que vivimos y llevamos en el corazón, a esta bendita ciudad de Antequera.

¡Hermanacos, gracias por hacer, cada Semana Santa, fácil lo imposible!

El Nazareno de Arriba, llega tras esa vega, buscando su Iglesia, en el Portichuelo, en la plaza donde Antequera, mirando hacia su sierra del Torcal, abre sus puertas al cielo.

Os decía antes que las estaciones de penitencia iban siguiendo la vía dolorosa (la calle de la Cruz) hasta el Cerro del mismo nombre, hasta la ermita de la Veracruz. Y desde las cuatro esquinas de la ciudad se iban acercando las distintas cofradías. Y desde ese Portichuelo, se encaminaba el Socorro de nuestra ciudad.

Que -cómo no- también está en manos de nuestra madre, de María. Hoy no llega allí, al Cerro, pero tras llegar al Arco de los Gigantes baja bendiciendo con su presencia a toda esta ciudad, desde lo alto de su imponente trono. La Socorrilla, que desde ese altar en movimiento va repartiendo ese Socorro, ese amparo que tanto necesitan nuestras vidas.

Además, madre, al verte, me gustaría recordar a todas las personas que están detrás del trabajo humilde de las cofradías. A quienes, con arte y cariño, posibilitan que cada año todos vuestros titulares salgan a la calle «con sus mejores galas», como a todos nos gusta contemplarlos. Gracias a las camareras y a los vestidores por su importante labor. Pero no sólo a ellos.

Es una cadena con muchos eslabones para que en la calle todo luzca tan hermoso. Así todo está limpio, ajustado, en su sitio. Detrás de todo eso hay muchas horas de trabajo, muchos esfuerzos para que todo (la cera, las flores, los adornos, la orfebrería), esté en su lugar. Gracias a vosotros, hermanos cofrades, por todo ese trabajo silencioso.

Madre del Socorro, ruega por nosotros.

Todo este preámbulo, este Vía crucis, tenía un destino: el Calvario, el «lugar de la calavera» (Juan 19, 18). Cuando llegan allí, los soldados van a preparar el trono de nuestro rey, porque al final eso es la cruz. No es un símbolo, no es un adorno para que lo portemos en nuestros cuellos o decorando nuestras Iglesias. Es el lugar donde el Señor se alzó sobre todo el mundo para reinar.

A eso del mediodía del Viernes Santo, nos dicen los evangelios, que llega al culmen el drama de la Pasión. El sol está llegando a su cenit cuando se va a culminar el drama que estamos contemplando. Aquellos romanos, profesionales de la milicia, realizan sin compasión su trabajo.

Antes de profundizar en ese drama del Calvario, dejadme señalar, brevemente, otra de las peculiaridades de nuestra Semana Santa: el trono insignia de la cofradía de «Arriba». No es una imagen, no es un paso de misterio de la Pasión, sino la Santa Cruz en Jerusalén, el escudo de los franciscanos de Tierra Santa.

San Francisco recorrió las tres grandes peregrinaciones de la cristiandad de su tiempo (fue a Santiago hace 800 años, a Tierra Santa y como no, a la Ciudad Eterna, a Roma). Ese ir a las tierras que contemplaron la vida de Cristo, unió para siempre a los franciscanos con ellas, los hizo sus custodios. Esa custodia franciscana de Tierra Santa quiso tener presente la Pasión del Señor, incluso en su emblema.

Así quieren representar alegóricamente las cinco llagas del cuerpo crucificado de Cristo, en las cinco cruces que configuran esta peculiar y seráfica representación de la Pasión del Señor.

En las Iglesias, cuando nos reunimos para los santos oficios del Viernes Santo, lo hacemos en el único día del año donde la Iglesia no celebra la Eucaristía. No puede. El Señor ha muerto. Y desde el dolor, sólo nos queda contemplar: «Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo».

Esta es la invitación del sacerdote al descubrir la Cruz para la Adoración. Y es la invitación que yo os quiero hacer ahora. Sí, aquí está la cruz. Aquí se presenta este instrumento de tortura, que a nosotros nos dio la salvación.

Pero si la contemplamos vacía, parece que no nos dice nada. Estamos acostumbrados a verla llena, a ver a su protagonista en ella. Y desde hace mucho tiempo, pues la imagen más antigua que se procesiona por nuestras calles, es la de un crucificado, el Santísimo Cristo Verde.

Ver al Señor en la Cruz, es hacer que aflore en nuestra alma aquello que tan bellamente proclamó Pablo: «vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí» (Gálatas 2, 20).

O el «no me mueve, mi Dios, para quererte// el cielo que me tienes prometido», con el que comienza el conocido soneto castellano. El cuerpo de Cristo pende muerto en la Cruz.

Allí se muestra que no hay amor más grande. Nadie nos ha querido tanto con Él, nadie lo ha dado todo, incluso la propia vida. Y lo hace por ti y por mí, por todos los que formamos parte de la gran familia de la Humanidad. Todos vivimos unidos a ese amor crucificado.

San Juan Evangelista, uno de los pocos testigos del drama del Calvario nos recoge un pasaje entrañable. Antes de morir, dice Jesús: «Mujer, ahí tienes a tu hijo [...], hijo ahí tienes a tu madre». (Juan 19, 26-27) Desde aquel día Juan recibió a María, y ella nos recibió a todos nosotros, los cristianos en sus brazos amorosos.

María, la de la verdadera cruz, María de la Vera-Cruz. Desde aquel momento nuestras súplicas, nuestros dolores y sufrimientos, tienen a alguien que los entienda, que los haga suyos, que los presente al propio Dios.

Allí, al pie de la Vera-Cruz, es donde nace la maternidad universal de María, en el dolor de la muerte de su hijo Jesús. Esa espada que nunca dejó el corazón de María; y que desde entonces, con los sufrimientos, con la injusta muerte de sus hijos inocentes, sigue golpeándola.

Yo cada vez estoy más convencido de que a nuestra generación, Dios le va a pedir cuentas del llanto silencioso de los niños a los que el aborto les impide nacer, a los que entre todos les negamos el mayor de los derechos, el derecho a la vida. Madre, que no olvidemos esas pequeñas cruces, que nuestro corazón, no siga indiferente ante el dolor de esos inocentes.

Santa María de la Vera-Cruz, ruega por nosotros.

En el año santo de la Misericordia, ese amor «intenso» de Dios da nombre al santísimo Cristo, que muerto en la cruz, va ofreciendo su testimonio de perdón y de amor con sus brazos abiertos de par en par, como su gran ofrenda de amor.

Él lleva ese nombre, para mostrarnos de una manera tan profunda y clara de que hablamos cuando nos referimos a la misericordia. Hablar de perdón es muy fácil, pues las palabras se las lleva el viento.

Vivirlo en profundidad es mucho más complicado. Y lo hace, hasta con aquellos que lo han llevado a la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23, 34). En ese perdón de Jesús a sus enemigos, Dios Padre perdona a toda la Humanidad pecadora. Después de su muerte en la Cruz, ya nada quedará fuera del «paraguas» del perdón.

También nosotros necesitamos de esa muerte sanadora:

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

¡Gracias, Señor! Por tu gran amor!

Déjanos, Señor, por lo menos desde lejos
acompañarte y, nunca olvidar,
que por nosotros, Tú has sido clavado en esa cruz.

Déjanos sentir, Señor, tu redención,
porque tus heridas nos han curado.

Aún nos queda por contemplar otra imagen de los crucificados en nuestra Semana Mayor. Me refiero a la impresionante talla del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y de la Paz. Sí, esa figura de Cristo presentado en la Cruz con tan gran belleza estética. Él es el hombre humanamente perfecto, según los cánones estéticos de la Contrarreforma de Trento, que fue fuente de nuestro barroco, y de gran parte de nuestra imaginería procesional.

Hermosa representación de la dura realidad que nos quiere presentar. Frente a esta cruz, la cruz de Cristo, debemos tratar de encontrarle sentido a todo. Él había entregado su vida por todos nosotros, especialmente por los más débiles. A ellos había consagrado su vida. Y ahora le tocó a Él experimentar el dolor y la muerte.

Es el grano de trigo que reventó en la tierra, para que de su muerte pudiera brotar la vida. Sí, esa que hoy llega hasta nosotros, y que da sentido a toda nuestra existencia. Sin Él, sin su sacrificio, sería inútil esperar, cualquier sufrimiento se haría insoportable, y caeríamos en la desesperación. Su muerte fue una entrega para darnos vida, o para darnos una buena muerte.

Pero, realmente ¿existe esa Buena Muerte? Nuestra sociedad parece pedirle a gritos a través de lo que denomina «*Eutanasia*». Nuestra sociedad quiere crear la vida y eliminarla cuando nos molesta, cuando no tiene suficiente «calidad». ¡Ay Señor, Señor!, que pocas luces tenemos, siempre jugando a ser «dioses», decidiendo quien puede vivir o quien es mejor que deje ya de hacerlo.

Ese es el alto precio que pagamos cuando sacamos a Dios de nuestra vida cotidiana. Ser cristiano es querer vivir como Cristo, llevarlo cada día en el corazón, como en las procesiones lo llevamos sobre nuestros hombros. No nos olvidemos nunca de ello.

Esta noche os he recordado aquello que decía el propio Jesús, que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos, como Él hizo. Y que no hay dolor más grande que el de la madre que ve morir a su hijo injustamente, en la plenitud de su vida. Y esa es María, que vive su Mayor Dolor en el Calvario, ante la muerte de su hijo Jesús. Un dolor que la estremece de

arriba a abajo. Así la vemos intentando sujetar con sus manos, ese dolor que sacude su corazón y su alma.

O con esas mismas manos en las que recibe la oración sencilla de ese hermanaco. Sí, va en su varal, en la cola del trono, arropado por su manto, porque nunca le ha gustado hacerse notar ni que lo vean.

El no viene a la procesión a lucirse, sino a seguir agradeciendo a la Virgen ese favor recibido hace tantos años, cuando los médicos desahucieron a su hijo pequeño. No era una persona muy creyente, pero en su desesperación entró, en la primera iglesia que encontró abierta. No sabía porque, pero lo necesitaba. Era san Sebastián, y allí se encontró con Ella y con su Mayor Dolor.

Le pidió por su hijo, pues, humanamente, se resistía a perderlo. Pero al volver al hospital todo había cambiado. Desde entonces, en silencio y con su esfuerzo, va acompañándola en cada procesión. Solo María y esta almohadilla, son testigos de su oración. Porque sabe bien en quien ha puesto su confianza. Porque nadie entiende de dolores y sufrimientos como Ella.

Madre del Mayor Dolor, ruega por nosotros.

La puesta del sol ponía punto final al día para los judíos. Por eso, tras conocer que Jesús ha muerto, los pocos amigos importantes que le quedaban al Nazareno, fueron a ver a Pilato para pedir su cuerpo y poder enterrarlo según la costumbre judía.

Eran dos miembros del Sanedrín, José de Arimatea y Nicodemo. Y ahora, tras el drama, quieren hacer con su Maestro la única obra de misericordia que podían, la de enterrar su cuerpo muerto.

Y no había tiempo que perder. Bastante había sufrido Jesús como para dejar su cuerpo allí hasta después de la fiesta de Pascua. Por eso, tras obtener el permiso del gobernador romano, deciden acercarlo a un sepulcro nuevo que había en un huerto, en las proximidades del Calvario.

Hoy se continua viviendo esa dura experiencia. Seguimos bajando de la Cruz a Cristo, para llevarlo a descansar a su sepulcro. Un tambor ronco suena en el barrio del Carmen, anunciando a nuestra ciudad que el drama ha llegado a su fin. Sus vecinos, como nuevos «*Josés y Nicodemos*», toman el cuerpo del Señor muerto para llevarlo a descansar en paz. Es la más dolorosa procesión. El silencio apenas se rompe en la noche que lo contempla. Lo llevan a su último descanso, tras el sufrimiento de su ejecución.

Tras eso, María se queda en su Soledad, con su dolor, con su silencio, con sus recuerdos, esos que toda su vida, había guardado en su corazón... Incluso ahora, siente allí una leve esperanza de que todo hubiera sido un mal sueño. Una locura, a la que ni ella quería dar cabida con tanto dolor.

Con la corona de espinas y los clavos de su Hijo en sus manos, ve como la gran piedra sella el sepulcro y así parece que todo va a acabar aquí. Tras ese gran bloque de fría piedra quedan tantas ilusiones, tantas esperanzas, toda una vida tan plena...

En el camino de vuelta, ella iba pensando en silencio: ¡Qué dura es la vuelta a casa tras una decepción así! Todo parece acabado. Ni siquiera hemos podido enterrarlo en condiciones. La noche no nos ha dejado. Aunque además, ninguno de los que estábamos allí, teníamos fuerzas para hacerlo, para ungir su cuerpo muerto, tras tanto sufrimiento.

Sólo pudimos dejarlo envuelto en un ligero sudario de lino, antes de sellar el sepulcro. Magdalena quería seguir allí, llorando y haciendo duelo. Las otras mujeres hablaron con ella, y al final la convencieron. Quedaron en volver cuando pasara la fiesta.

Aunque nosotros, no teníamos nada que celebrar aquel día de Pascua. Había un enorme vacío en nuestra alma. La verdadera pérdida que habíamos sufrido era la de Él. A su muerte sólo podíamos añadir lágrimas. O ya ni eso, ya no quedaban ni lágrimas por derramar tras tantas horas de dolor.

Las pocas que me quedaban las derramé al pie de la cruz cuando pude abrazar su cuerpo muerto por última vez. Cómo cuando era pequeño: entonces a sus lagrimas ante cualquier caída jugando, yo le respondía «achuchándolo» tiernamente, con todo mi cariño, buscando sanar sus pequeñas heridas, dar amparo a su desconsuelo.

Pero esta vez ya no podría ser así. Le han arrancado la vida, esa que se ha ido escapando poco a poco, por todas las heridas de su cuerpo. Ahora miro una y otra vez esos grandes clavos y esta corona manchados con su sangre. Y me duele en el alma el imaginar el dolor de mi querido Hijo.

Por eso, aunque estoy acompañada por los discípulos, me siento en la más profunda Soledad. Bello nombre para expresar la amargura más profunda de mi alma. Esa es la que yo siento cuando me llevan detrás de mi Hijo cada Viernes santo.

Mi corazón no sabe si volver a casa o salir a los montes a gritar el dolor que llena mi alma. Pero como en tantas ocasiones y dolores, «guardo todas estas cosas en mi corazón» (cf. Lucas 2, 19). Días duros, de profundas oscuridades. Toda la vida de mi Hijo pasó por delante mía. Ante tanto dolor, la Iglesia acompaña la Soledad de María durante todo ese día de Sábado. Está como Juan, el Evangelista, junto a la Madre del Señor.

La Iglesia el Sábado santo no es más que este folio en blanco esperando la mano del Señor que la saque de la Soledad de estar sin Él. Toda palabra sobra.

Madre de la Soledad, ruega por nosotros

Sólo la llegada de la noche santa de Pascua «cambiara nuestro luto en danzas» (Cf. Salmos 30, 11). Aquel día comenzó bien temprano, incluso antes del alba, porque la noche fue el único testigo del mayor acontecimiento de la historia. ¿Porqué?

Porque la Resurrección de Cristo es un hecho que va más allá de la Historia, para situarse de lleno en el campo de la fe. Un hecho que o nos creemos, o no somos cristianos. ¡Ojo! La Iglesia conmemora este acontecimiento singular con la celebración más importante de nuestra vida cristiana. Estamos hablando de la Solemne Vigilia Pascual.

Pocas veces nos reunimos en medio de la noche en nuestros templos. Y cuando lo hacemos es porque la «*ocasión lo merece*». Esta es la noche santa de la Pascua, en la que el Señor pasa por la historia para mostrarnos que la vida y el amor son más fuertes que la pena y el dolor. Es una noche para pasarla en vela rezando y cantando en honor del Señor, para ver como la historia de amor de Dios con la Humanidad comenzó hace mucho tiempo, y la sigue renovando generación tras generación.

También en la nuestra, donde a pesar de las dificultades, sigue tocando el corazón y la vida de tantas personas, de tantos cristianos, que hoy queremos vivir desde su fe, queremos ser testigos de su Resurrección.

Es una noche con una liturgia muy rica, donde destaca la gran invitación a renovar el día más importante de nuestra vida cristiana, el día de nuestro bautismo. Es hacer que la vela de nuestra fe siga brillando con fuerza, tras encenderla, como hemos hecho ahora, del Cirio Pascual.

«Porque si nos unimos a Él en una muerte como la suya, también compartiremos con Él su Resurrección. Si nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo, confiamos, en que también viviremos con Él» (cf. Romanos 5, 5-8). No desaprovechemos la oportunidad para agradecer al Señor y a nuestra familia, el don del bautismo, el regalo de la fe. Y de renovarla en esa celebración Pascual.

Así llegamos al espectáculo de la luminosa mañana del primer día de la semana. Es curioso que el evangelio nos presenta aquella mañana a una protagonista a la que habíamos visto llorar desconsoladamente ante la muerte del Maestro. Me refiero a María Magdalena.

En su corazón, el amor por Él sigue latiendo con fuerza. Hoy diríamos que estaba aún en estado de «*shock*», provocado por la muerte de Jesús. De esa manera, y casi sin dormir, muy temprano se va camino del sepulcro para terminar la tarea pendiente tras su muerte. Quiere terminar de ungir el cuerpo de su Señor para que pueda descansar por fin en su sepultura.

Ella va a ser la primera testigo de la Resurrección, la que va a decir a sus discípulos lo que ha ocurrido, invitándolos a que «*se pongan las pilas*», a

que salgan al encuentro de su Maestro Resucitado. Como ocurre con estas noticias, poco a poco, va inundándolo todo.

No existían los medios que hoy tenemos, pero el «*boca a boca*» propagó la noticia rápidamente. Aunque, en principio, no tuvo mucho éxito, pues nadie terminaba de creerla. Somos muy racionales, y la lógica marca nuestra vida: ¿cómo va a estar vivo quien nosotros hemos visto morir?

Es la aparición de Cristo Resucitado lo que cambia la vida de aquel grupo de hombres. Ellos «*habían querido tirar la toalla*» tras ver morir cruelmente a su Maestro. Y lo peor. Tras haberlo abandonado, tras haberlo dejado sólo, cuando más falta le hacían, durante su Pasión. Que malos son los miedos, que nos paralizan, que nos impiden hacer lo que es justo y necesario.

Pues todo ese grupo de «cobardes» son nuestros apóstoles, las columnas de nuestra Iglesia. Y ¿qué ha cambiado entonces? Ni más ni menos que la Resurrección de Jesucristo. Esa si es la más bella flor de nuestra primavera, la vida que con fuerza rompe en esa mañana.

Aquellos que se ocultaron por miedo a los judíos van a salir a todos los rincones del mundo gritando que es nuestro Señor: el encuentro con Cristo Resucitado hace nueva nuestra vida.

Por eso salimos todos a nuestras calles a acompañar al Señor triunfante en el misterio de su Resurrección, al amparo de la Agrupación de Cofradías de nuestra ciudad. Y vamos todos de la mano, señalando a Antequera que el drama vivido durante esta semana ha tenido un «final feliz», un final lleno de vida.

Pero la Resurrección de Jesucristo es muy especial no sólo para sus discípulos, o para nosotros. Lo fue especialmente para quien más lo quería, para María, su madre, que de nuevo se ve como madre nuestra, ahora de la Consolación y de la Esperanza.

Ella descubre aquella mañana del primer día de la semana que sí, que todos los dolores y preocupaciones que había guardado en su corazón, que todos los sufrimientos que la habían acompañado durante su vida, tenían sentido. Desde la muerte de su Hijo había una pequeña esperanza en su corazón: la vida de su Hijo no podía terminar así, en un fracaso tan grande.

El amor de Dios había querido dar sentido a la vida de María y a la vida de su Hijo y Salvador. Este amor la invitaba a esperar contra toda esperanza. Por eso es a ella a quien podemos buscar para darle sentido a esos problemas que tantas veces nos acompañan, para buscar la Consolación para todos los sufrimientos de nuestro humano existir.

Ese consuelo es el primer paso para abrirse a la Esperanza. Porque en el fondo ese es el sentido de nuestra fe: la vida nueva en Cristo. Hagamos como María y seamos testigos de esa nueva vida. Nuestra esperanza es que

esta buena noticia alcance a todos, que la evangelización siga adelante. Ojala que todos al contemplar a vuestros Sagrados Titulares en la calle, descubran el verdadero amor que de ellos brota.

María de la Consolación y la Esperanza, ruega por nosotros.

3.3 Un futuro por construir

Todo esto y mucho más, es nuestra Semana Santa, como bien sabéis y experimentáis en primera persona todos vosotros. Una realidad que se visibiliza con esplendor en nuestras calles durante apenas ocho días, pero que llena todo el año. La gente de Iglesia sabemos que no todo termina el mediodía del domingo de Pascua, una vez que la imagen de Cristo Resucitado vuelve a su templo, tras anunciar su Resurrección por las calles de Antequera.

Yo casi me atrevo a decir, que es al contrario, que ese momento es más bien un nuevo comienzo. Tras la intensa vivencia del Misterio Salvador de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, se comienza a disfrutar lo que supone para nuestra fe el hecho de que Cristo esté vivo y presente en medio de nuestras vidas. Aunque en el día a día, queda mucho por descubrir y por vivir en nuestra fe.

Porque ésta es mucho más que el rato de la procesión, el escuchar marchas cofrades o el visitar las iglesias contemplando cómo han vestido a las vírgenes, en esa moda de cambiar las vestimentas de las imágenes con tanta frecuencia, quizás demasiada. Decimos que queremos conservar la idiosincrasia de nuestra Semana Santa, y sin embargo, nos dejamos llevar por modas que nada tienen que ver con nosotros ni con nuestra tradición. Esa que vosotros seguro que conocéis tan bien o mejor que yo.

Junto a eso, en los últimos años, gracias a Dios y a muchos de los que hoy sois el presente de las cofradías en Antequera, han mejorado mucho las cosas en un aspecto fundamental, olvidado durante mucho tiempo: vosotros, los miembros de las cofradías, sois Iglesia. Y lo sois con todas las consecuencias.

Se han dado muchos pasos para dejar atrás esa diferencia «tradicional» entre las mal llamada iglesia «oficial» (si, esa que parece que solo formamos los curas y el obispo) y «vuestra» iglesia, la iglesia de «*las cofradías*». Hermanos, que Iglesia sólo hay una, la de Jesucristo.

Y quien diga otra cosa, no solo se equivoca, sino que comete un grave pecado contra la comunión, contra el deseo del Señor de que todos seamos uno. Esta mal, lo diga quien lo diga. Sea el hermano más veterano de la cofradía o el reverendo padre consiliario de la misma. Y uno de los grandes

retos que tenemos es conocernos, compartir nuestra fe, y desde ahí, nuestra vida. No perdamos el tiempo, y comencemos a hacerlo.

¿Cómo podemos concretarlo? Os ofrezco un ejemplo: «sin la eucaristía dominical no podemos vivir» decían los primeros cristianos. Y sin embargo en el día a día de nuestro vivir cofrade, eso no está tan claro. Que no se trata de cumplir con un mandamiento sin más, con una norma, esa que dice que hay que ir a misa todos los domingos. Es alimentar nuestra vida cristiana, conocer más y mejor al Señor, y así enamorarnos de Él. Y hacerlo junto a nuestros hermanos, en comunidad.

Y no nos engañemos. Cuando queréis, podéis y os implicáis a fondo en vuestras cofradías. Así, hoy el cofrade de «medalla», que sólo participa en la procesión, es cada vez es más un personaje de la historia. Vosotros os habéis tomado en serio la responsabilidad de seguir trabajando para que eso sea así. Porque no podemos conformarnos con que nuestras cofradías sean un mero «club social» o una «peña de amigos». Por suerte, sois mucho más. Sois cristianos que vivís vuestra fe en las cofradías, con sus bellos modos y maneras. Y por eso, vuestra primera y más importante obligación es cuidar del tesoro de la fe.

Muchos habéis empezado con la tarea de la formación en vuestras cofradías. Ole por vosotros. Ese es uno de los pilares del camino: no se ama lo que no se conoce. Aunque estemos hablando del Señor y de su Madre.

Nuestra Iglesia tiene delante el reto al que nos invita el Papa Francisco. Nuestro mundo necesita del amor misericordiosos de Dios. Y ese sólo lo podemos hacer presente tú y yo, cada uno de nosotros. Él nos recuerda que esa fe se hace vida con nuestras acciones, [...] en nuestros gestos de amor con los hermanos. La fe nunca es motivo de fugas individualistas o de mero sentimiento intimista (cf. Francisco, *Evangelii gaudium* 70 y 90).

La fe no la puedo vivir sólo o a mi manera. Yo no soy la medida de todas las cosas. Y lo que me «gusta» o me «apetece», tampoco puede ser el criterio de lo que hago. Ninguno de nosotros podemos creernos que somos el único criterio para decidir lo que hago o no hago. Y algunas veces, desde nuestra libertad, pecamos de ello.

Al hablar de la Pasión, contemplamos la entrega amorosa de Jesucristo y de María. Y mal nos hubiera ido, si ellos sólo hubieran pensado en ellos mismos, en lo que le apetecía, o en lo que le era más cómodo. No caigamos en esa tentación. Nuestra fe nos invita a todo lo contrario, a implicarnos hasta el fondo.

Los cristianos creemos en Dios, de quien lo hemos recibido todo, al tiempo que desea hacerse presente en nuestra vida. Y que en su Hijo Jesucristo, nos hace hijos, hermanos de todos los hombres, poniéndonos en relación de amor con todos. Por eso, si todos somos hermanos, nuestras

procesiones no pueden convertirse en competiciones más o menos piadosas, viendo que podemos inventar; o peor aún, viendo que podemos copiar de por ahí, para «quedar por encima» de los demás.

Tenéis, tenemos todos, el reto de que nuestras cofradías sigan siendo sólo lo que de verdad han sido siempre: una manifestación pública de fe católica. Convertirlas en otra cosa, por muy hermoso que nos pueda parecer en principio, es no ser fieles a su sentido profundo, es ponerlas en riesgo. Aunque actuemos llevados por la buena intención.

Y os pongo un ejemplo de lo que quiero decir con esto. Muchas veces he escuchado en labios de algunos cofrades de nuestra ciudad: queremos promocionar mucho nuestra Semana Santa, incorporarnos a la «moda» del turismo. Algo que de por sí puede ser bueno para economía de los negocios de nuestra ciudad, y sin embargo no puede ser el objetivo único, o final de todo lo que hagamos al respecto.

Por que vengan más turistas no podemos renunciar a nuestra esencia, no podemos convertir nuestra Semana Mayor en un «*parque temático*» para atraer el interés de los que nos visitan. La Semana Santa, las cofradías, son otra cosa muy distinta. Sois, fundamentalmente, un grupo de hombres y mujeres que creen en Cristo y en María, su madre; y que por esa fe, que por ser cristianos, también salen a la calle manifestándola de manera pública. Todo lo demás habrá que ponerlo «en cuarentena».

Sobre todo ahora, que algunos andan muy ocupados en decir que la fe no tiene sentido, que es una rémora del pasado o una cuestión privada que no le importa a nadie. Yo miro a mi alrededor, y viéndoos a vosotros, a los cofrades, veo que quien dice eso, está en un grave error. Por mucho ruido que hagan en los medios de comunicación.

¿Veis cómo nos siguen sobrando los motivos para profundizar en nuestra fe, y desde ahí, para seguir saliendo a las calles a decirle a todos en quienes creemos los cristianos, que la fe cristiana es algo importante para nosotros?

Sin imponer nada a nadie, pero tampoco sin permitir que nadie venga a decirnos lo que tenemos que hacer, sin respetarnos en lo que somos y en lo que creemos. Ese respeto es la base de la convivencia democrática. Que a nadie se le olvide, que ya está bien de tomarse a mofa nuestras creencias, de reírse de cosas que, para nosotros, son sagradas. Ya está bien, por favor.

Hay una última llamada de atención que me vais a permitir compartir con vosotros. En mi seguir vuestras actividades por Internet, que es lo que nos toca a los que estamos fuera, me he encontrado en los últimos años con una sorprendente proliferación de las llamadas procesiones «*extraordinarias*».

En mi modesta opinión, si de verdad queréis darle valor a las mismas, si queréis que sean algo realmente *extraordinario*, no se puede tener imáge-

nes todos los fines de semana en la calle, no podemos organizar una procesión, ante cualquier pequeño aniversario o conmemoración. Luego si desde la delegación de hermandades y cofradías se ponen normas, y nos dicen que no se puede hacer, todos nos lamentamos, o empezamos a decir aquello de que «al cura o al obispo de turno, no le gustan las cofradías, que no quieren al mundo al mundo cofrade». Que no haya que llegar a eso, pues las cofradías sois mucho más que eso, que la fe no sólo la vivís debajo de un varal.

4. Final

Permitidme finalmente, volver al punto de partida de este pregón. Quiero volver a encontrarme con el Señor Resucitado junto al Lago de Galilea. Atrás han quedado los nervios, las preocupaciones, las dificultades que me han acompañado durante la preparación y la lectura de este pregón, que creedme, no han sido pocas.

Ahora lo que necesita mi corazón es agradecerle al Señor todo lo que hace por mí. También por esta oportunidad de compartir con todos vosotros mis sentimientos y reflexiones, el haber expresado en voz alta muchas de las preocupaciones que siento ante la realidad de nuestra Iglesia.

Porque muchas de las cosas que he compartido con vosotros os afectan, pero van más allá de los límites de las cofradías. El «barco» de la Iglesia es uno, y sólo seguirá avanzando si remamos todos juntos de la mano del Señor, a dónde Él quiera. Y esa es mi esperanza. Que en Él lo podemos todo. Mucho más, de lo que ni siquiera podemos soñar.

Como os decía, os invito a acompañarme finalmente allí, al Mar de Galilea, como lo hemos hecho por las calles de Jerusalén y de nuestra ciudad. Sentémonos junto al Señor en aquella playa. Miro a mi alrededor y siento a toda la Iglesia presente. Allí podemos llegar todos con lo que somos, con todas nuestras luces, pero también con nuestras sombras, esas que tanto necesitan el abrazo misericordioso del perdón de Dios.

Los primeros son los discípulos, aquellos que habían huido, y ahora se sienten perdonados, renovados en su interior. O nosotros con nuestras pobreza, esas que tanto sentido dan siempre al acto de amor que Jesucristo realizó en el «árbol de la cruz», como hemos podido ver y rezar esta noche.

En el frío silencio de la aurora del nuevo día, lo único que se escucha es el suave batir de las olas que rompen en la playa. El amor lo impregna todo, casi se «huele» en el ambiente limpio de la mañana.

Nadie quiere romper el silencio, porque en el corazón, todos sabemos que «aquí no sobra nadie», que en la familia de Jesús Resucitado, en la Iglesia, todos tenemos nuestro sitio.

Porque en medio de nosotros está quien nos reúne, Jesucristo, el Señor Resucitado. En sus ojos, que nos miran con ternura, veo que no soy yo el único que necesita estar así en este lugar. Es Él quien de repente rompe ese silencio para llamar nuestra atención, alzando su voz:

Hermanos quiero aprovechar este ambiente, casi de confidencia, para compartir algo con vosotros: después de la Resurrección han cambiado mucho las cosas. También yo lo veo todo con más claridad y todos mis anhelos se han visto colmados.

Era verdad, el amor y la vida es más fuerte que el dolor y la muerte. En la cruz, mientras la vida se me iba por las llagas hubo momentos de mucho dolor y de mucha duda. Parecía que todo se derrumbaba finalmente. Pero no era así.

En mi corazón sabía que mi Padre no dice hoy blanco y mañana negro. Eso me dio fuerza para seguir con el perdón en mis labios ante mis enemigos, para acogerme a Él de verdad hasta el último aliento de mi vida.

Pero sé que no me queda mucho tiempo aquí. Me toca volver a casa, junto a mi Padre, a terminar mi camino, y de paso, el ir preparándoos sitio para cuando nos reencontremos allí para siempre.

Pero no quiero irme sin abriros mi corazón de par en par.

Os queda mucho por hacer, y ahora os toca hacerlo a todos vosotros. Vendrán dificultades, pero no quiero que a nadie se le olvide que yo estaré ahí cada día, que en mí podéis confiar siempre para afrontarlo todo.

Recordad que mi invitación es siempre la de «venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados» (Mateo 11, 28). Para hacerlo, lo primero que debéis hacer es continuar caminando juntos. Eso es la Iglesia, el lugar donde los hermanos comparten su vida, y donde yo puedo alimentarla. Que esto no se os olvide nunca. Si cada uno hace la «guerra por su cuenta», no llegaremos a ningún sitio, no podremos avanzar.

Nuestro mundo y muchos de nuestros hermanos necesitan que alguien les recuerde que Dios los ama. Hoy podéis ver mis llagas. En mi cuerpo están las señales de la Pasión. Espero que sepáis mostrar siempre estos testimonios de mi amor, que seáis mis testigos, que mi entrega haya tenido sentido.

Que vuestra fe se muestre cada día en todo lo que hagáis: con vuestra familia, con vuestros trabajos. Y como no, también en vuestra cofradía. En lo que se ve, y sobre todo en lo que no se ve. Yo os quiero con locura, y espero lo mejor de vosotros.

Contad siempre conmigo, y con la protección bondadosa de María, esa madre que compartimos, que en todo momento está pendiente de vosotros, que siempre está pidiéndome por vosotros y por todas las necesidades de vuestras vidas.

PREGÓN DE SEMANA SANTA DE ANTEQUERA 2016

Que la Caridad y el perdón sea el fundamento de todo lo que hagáis. Así cuando vayáis por las calles con mis imágenes, lo que todos verán es que son el testimonio de mi gran amor.

Que no se os olvide nunca, que al final de la vida os examinaré de ese amor. No de lo que hayáis tenido, de lo importantes que hayáis sido o de todo lo que hayáis hecho, sólo me interesa si de verdad me habéis amado. Al final, mi pregunta será sólo esa ¿me amas? Y espero, por toda respuesta, un gran SÍ.

Hermanos, ha llegado, finalmente, el momento de que el vocero guarde silencio. Muchas gracias por vuestra atención y por vuestra paciencia.

Que el Señor os bendiga.

He dicho.

En Roma a 11 de febrero de 2016, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes.